

Mi brazo el labio de tu mensajero.
Yo vi, yo hablé á Isabel, y de tu muerte
La noticia le dí, y á los bandidos
Avisé que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
Te las vengo á anunciar.

Mar. ¡ Con que es ya tarde!

Zul. Mira mi gozo, y si pudieras, duda.
La libertad me diste por desprecio,
Por contemplarme débil enemiga.
¡ Insensato mortal! ¿ No te lo dije
Ya en el harem, que de mi amor ardiente,
O mi fiera venganza decidias?
¿ Quisiste el odio? sus efectos siente.

Mar. ¡ Que es tarde!

Zul. Para siempre á tu querida
Perdiste.

Mar. ¡ Para siempre!

Zul. Vive ahora

Para verla de Azagra poseida.

(Vase, y Adel la sigue: Marsilla queda solo algunos instantes en el silencio del abatimiento, apoyado en un árbol.)

ESCENA IV.

DON MARTIN, DOS CRIADOS, MARSILLA.

Mart. ¡ El es! ¡ Hijo querido!

Mar. ¡ Padre! ¿ Es tarde?

Yo quisiera dudar... ¿ Mi mal es cierto?

Mart. Respóndante las lágrimas que vierto.
Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
La desgracia al nacer marcó en la frente,
Tu triste padre que por verte vive,
Con dolor en sus brazos te recibe.
¿ Quién tu llegada ha retardado?

Mar. El cielo...

El infierno... No sé... Facinerosos...

Una muger... Dejadme.

Mart. ¿ La sultana?

¿ Esos bandidos que cobardes huyen

De los soldados que conmigo trage?

¿ Te han herido?

Mar. ¡ Ojalá!

Mart. ¿ Te han despojado?

Mar. Nada he perdido. La esperanza solo.

Mart. ¿ Suerte cruel! Cuando el fatal sonido

De la campana término ponía...

Mar. ¡ La pérdida anunciar la muerte mia!

Mart. ¿ Lo sabes?

Mar. De ella.

Mart. ¡ Horror! Entonces era

Cuando Celada, el habla recobrando,

La traidora noticia desmentia.

Corro al templo anheloso; el bronce suena,

Y la sangre y el paso me detiene.

De la ansiedad ahogado y de la pena,

Llego al sagrado umbral. « Marsilla viene, »

Esclamo... y de los pies del sacerdote

Miro alzarse á los dos. Caigo sin vida...

¿ Eran esposos ya! Tu bien perdiste...

Pero padres, hermanos, aun te quedan

Almas que sientan tu abandono triste.

Mar. ¡ Padres! ¡ hermanos! ¿ Para qué me quieren,

Ni qué les deberé? Tesoros traigo...

Vedlo...

(Designa con el pie la arquita, que los criados recogen, como tambien los demas efectos esparcidos por el suelo.)

Luego veréis sedas, alfombras,

Caballos con jaeces, armaduras...

Allí viene el escudo destrozado

Que vió asombrada aparecer Castilla,

El Garona besar su aciaga orilla,

Palestina de gloria coronado.

Riquezas con honor dióme la suerte.

Para vosotros son. ¿ Qué hay en mi patria

Para mí? ¿ qué hallaré? Vacío, muerte.

No hay un amor, una Isabel, no hay nada.

¿ Padres! ¡ hermanos! ¿ Quién á mi adorada

Sustituye en mi pecho? Potestades

Del mal, á quienes Dios para juguete

Me quiso dar, reid, ya conseguisteis

Llevar hasta su fin mi desventura.

Solemnizad, espíritus dañados,

Mi desesperacion. Tus calabozos

Abreme, infierno; á sepultarme en ellos

Me impele mi furor, y me señala

De la venganza el criminal camino.

¿ Dónde está la que pérfida insultaba

La miseria y horror de mi destino?

Mart. Su castigo abandona al justo cielo.

La maldicion persígala de un padre

Cuya casa llenó de desconsuelo.

Mar. ¿ Del cielo os prometéis justo castigo?

¿ De ese cielo al delito favorable,

- De las virtudes áspero enemigo?
 Mas sí, veréis que á mi furor entrega
 Esa muger fatal, porque su sangre
 Cubra de mengua y de baldon mi frente.
 ¿Y qué me importa el deshonor? Ardiente,
 Bárbara sed de sangre me devora.
 Verterla á rios para hartarme quiero,
 Y cuando mas que derramar no tenga,
 La de mis venas soltará mi acero.
- Mart.* Hijo, modera ese furor.
- Mar.* ¿Quién hijo
 Me llama ya? Con vínculo ninguno
 Ligado al hombre estoy; de la venganza
 Ya dependo no mas. ¡Venganza! Ahora,
 Ven á gozarte en mi dolor, traidora.
 Si abre sus senos para guarecerte
 La tierra, en ellos te dará la muerte.
 Y tú la seguirás, rival felice.
 Tú la has de preceder: ¿no eres la causa
 Primera de mi mal, de los que sienta
 La que ya tuya llamarás? ¡Oh! nunca
 Lo será, no, juro á los cielos. Antes
 De salir de Teruel y de Valencia
 Sangre mis pasos señalar debia.
 Fruto es mi perdicion de mi imprudencia.
 Todo viene á avivar la rabia mia.
 Pero no de ese triunfo haréis alarde:
 Para acabar con ambos aun no es tarde.
- Mart.* ¿Desgraciado! ¿Qué intentas?
- Mar.* Con el crimen
 Lazos romper de crimen. Una vida
 De Isabel me separa: que perezca.
 Hijo...
- Mart.* Perecerá.
- Mar.* No...
- Mart.* Maldecido
- Mar.* Mi nombre sea si la sangre aleve
 De mi rival no vierto.
- Mart.* Es poderoso.
- Mar.* Marsilla soy.
- Mart.* Mil deudos le acompañan...
- Mar.* Mi rabia á mí.
- Mart.* Respeto te merezca
 Un vínculo...
- Mar.* Es sacrílego, es injusto.
- Mart.* En presencia de Dios formado ha sido.
- Mar.* Con mi presencia queda destruido. (*Vase.*)

- Mart.* ¡Piadosos cielos! á perderse corre
 Si pródigo mi amor no le socorre.
 (*Vanse don Martin y los criados.*)

ESCENA V.

ZULIMA, ADEL,

que viene detras de ella y va á salirle al encuentro.

- Zul.* ¿Vas á librarte de un rival? yo acudo
 Su riesgo á prevenir, y si es preciso,
 De mí me olvidaré, siendo su escudo.
- Adel.* Tus pasos atajar el cielo quiso.
 ¡Muere!
- (*Hiérela y cae.*)
- Zul.* ¡Traidor! ¡A mí...! Si vence... ¡Ay! muero.
 (*Espira.*)
- Adel.* Tu esposo y rey te condenó en Valencia,
 Y á ejecutar me envia la sentencia.

ACTO V.

Habitacion destinada á Isabel en casa de don Rodrigo. Una gran ventana sin reja en el fondo que da vista á un jardin alumbrado por la luna. Luces en la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, ISABEL.

- Isa.* No me digais nada; dejadme sosegar este momento en que se ha ausentado mi esposo. Porque ya es mi esposo: ¿no es verdad, madre? Sí, me han dicho en la iglesia no sé qué cosas, me han hecho pronunciar no sé qué palabras; y con esto, ya no soy mia; ya soy de otro; y yo debo ser otra tambien. ¿No es esto lo que queriais decirme? Ya veis que no es necesario: yo lo sé como vos.
- Marg.* No, no es eso lo que quiero decirte: quiero mostrarte mi arrepentimiento; quiero que conozcas lo que padece tu madre. ¿Cómo me atrevo á llamarme madre? Soy un verdugo que te ha sacrificado sin piedad. ¡Hija adorada! créeme: un espíritu maligno me ha cegado. El era el que me susurraba al oido en voz temerosa las palabras: «vergüenza, deshonor, castigo.» El me presentaba sin cesar á los ojos el espectáculo de la ira, del dolor de un esposo; él me restituye la razon para que vea toda la estension de tus males, ahora que es imposible su remedio.
- Isa.* Y bien, si no tienen remedio, ¿á qué recordarlos? Decis que padeceis; lo creo, yo tambien padezco. Decis que me habeis sacrificado; os engañais, yo soy quien se sacrifica. Decis que os arrepentis; yo alguna vez tambien me arrepiento, pero por fortuna ya es tarde.

Marg. ¡Ojalá pudiese aun aceptar todo el cúmulo de ignominia que me amenazaba, para dejarte libre en tu elección!

Isa. Todos me han querido dejar libre, y todos me han presentado cadenas. Pero vos, madre... ¿qué mas podiais hacer? Gracias, madre mia. Vos sí que os sacrificábais por mí. ¡Oh! no os aflijais: no atendais á mis palabras, porque nada espresan sino la confusión y el aturdimiento: desde esta mañana no sé qué es de mí. Cuando he venido á esta sala, era para buscar una persona, para saber una nueva: ya no sé á quién buscaba, ni qué queria saber. En tal estado, ¿qué puedo hacer sino delirar? Mas vale que delire sola; así no os atormentaré. ¡Ah! yo creo que buscaba á don Rodrigo para pedirle que mañana me llevase á la Corte, á Castilla, muy lejos.

Marg. Entró un page á decirle que le buscaba un caballero: le estará hablando.

Isa. ¡Ya me acuerdo! ¿Ha llegado, madre mia?

Marg. ¿Quién?

Isa. ¿Quién puede ser? ¿No le he nombrado? Marsilla.

Marg. Sí, ya ha venido.

Isa. Por esto queria yo huir de Teruel, por no verle. Esta es la noticia que yo esperaba. ¡Cuánto me alegraría de verle! ¿Pero verdad que no debo, madre mia?

Marg. No, no le veas, no le oigas, no te oigas á tí misma.

Isa. Sí, aquí siento (*indicando el corazon*) una voz que me dice: El te ama, ámale; pero aquí (*señalando la frente*) me grita otra: El puede amarte: tú no le debes amar. ¿Le habeis visto vos? ¿Cómo viene? ¡Mal desasido aun de los brazos de la muerte, hacer un viaje tan precipitado! ¿Sí estará muy triste? Y aunque no lo estuviera... no le digais cuál me hallo yo.

Marg. Aun no le he visto, pero quiero verle: me importa consolarle, aconsejarle...

Isa. ¡Oh! sí, vedle, madre mia, vedle cuanto antes: hacedle que os cuente sus aventuras, y con eso... Pero no, vos no debeis contármelas á mí. Mirad, yo quisiera que le dijeseis, no que amo á su rival, porque no lo creeria; no que le he olvidado á él, porque le costaría caro el creerlo: le podiais decir que mi pasion se ha debilitado... Esto es falso, pero no importa. Que he dado voluntariamente la mano á don Rodrigo; esto es verdad, bien lo sabeis. Que respete mi estado, que no procure verme, que no me siga...

Marg. Que se esfuerce á olvidarte.

Isa. No, yo no quiero que me olvide. ¿Por qué ha de olvidarme? ¿Le he de olvidar yo á él por ventura?

Marg. Sí, hija mia, sí, le olvidarás. Dios, que tiene en la mano los corazones, premiará vuestra virtud con la tranquilidad del espíritu. Dios se rendirá á mis ruegos, y todas las angustias de vuestras almas las trasladará á mi pecho: á mí me servirán de justi-

ficación, y vosotros gozaréis aquella paz á que sois tan acreedores. No lo dudes, hija mia; no digas que lo dudas, si quieres que viva. A Dios, Isabel; te dejo sola como deseas, pero con sentimiento: jamas me ha sido tu presencia tan necesaria. Delante de tí mis remordimientos enmudecen, porque tu virtud los refrena; lejos de tí nada hay que se oponga á su dominio. Hija mia, á Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

ISABEL.

Sí, madre, confía,
Verás cómo cesa
Bien pronto en mi pecho
La brava tormenta:
No pueden sus olas
Entrar en la huesa.
Por eso esta mano
Mi vida respeta:
Ningun moribundo
Su fin acelera.
Pues si esta esperanza
Faltase á mi pena,
Si el horrible cuadro
Que pinta la idea
Mi suerte futura
Creyese que encierra,
¿Quién á mi despecho
Límite pusiera?
¡Vivir con el hombre
Que ser hoy me veda
La mas venturosa
De toda la tierra!
¡Oh! no es tan escasa
En Dios la clemencia.
¿No es cierto, Dios mio,
Que ya satisfecha
Con tantos afanes
Tu justicia queda?
¿Que, ya fenecido

El tiempo de prueba
Que á mí y á Marsilla
Prescrito nos fuera,
Nos luce la aurora
De la recompensa?
Sí, desde ese trono
Donde tu grandeza
Sobre Serafines
Las plantas asienta,
Benévolo miras
Las lágrimas nuestras,
Y al ángel de muerte
Que rompa le ordenas
El arca de barro
Que al alma encarcela.
Tú el seno divino
Que amor solo alberga
Piadoso nos abres,
En él nos estrechas,
Coronas de triunfo
Nos cinge tu diestra,
Y amarnos, y amarnos
Por siempre nos dejas.
Sí, yo lo conozco,
Mi hora se acerca;
Por desenlazarse
Mis miembros pelean.
No puedo tenerme,
Se rinden mis fuerzas;
Ya nada distingo
De cuanto me cerca.
(Recuéstase en un escaño, y permanece inmóvil algunos instantes.)

ESCENA III.

MARSILLA, QUE ENTRA POR LA VENTANA, ISABEL.

Mar. Desconozco el lugar. ¿Dónde me encuentro?
¿Podrá ser esta de Isabel la estancia?

Nada hay en ella de Isabel. ¡Qué miro!
Una muger... que plácida descansa.
No turbemos...

Isa. (Abriendo los ojos.) ¡Ay Dios! ¡Un hombre! ¡Cielos!
¿No es él? ¡Él es! si vienen, si le hallaran...
¿Tendré valor de huir?

Mar. Mi pecho dice
Que Isabel está aquí.

(Vuelve á mirar á Isabel, la conoce, y se acerca á ella con los brazos abiertos: Isabel se desvia.)

¡Prenda adorada!

Isa. ¡Marsilla!

Mar. ¡Dulce bien!

Isa. Detente. ¿Cómo

Te atreves á poner aquí la planta?

Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

Mar. Por Dios... que lo olvidé. ¿Pero no basta

Para que vuele á su Isabel Marsilla

El deseo del goce de mirarla?

¡Oh qué hermosa á mis ojos te presentas!

Nunca te ví tan bella, tan galana...

Y un pesar, sin embargo, indefinible

Me inspiran esas joyas, esas galas.

Arrojálas, mi bien; toca modesta,

Cándida flor en mi jardín criada,

Vuelvan á ser tu angelical adorno:

Mi amor se asusta de riqueza tanta.

Isa. (Aparte.) Su razon adolece del delirio

Que primero en la mia dominaba.

Mar. Ya mi susto cesó: veo en tu mano

La señal de tu fé. Tú me esperabas,

Y deslumbrar mis ojos pretendiste.

Este anillo es la joya que me agrada.

(Tómale una mano para besársela.)

¡No es el mio! ¡Qué horror! Sierpe se vuelve,

Y á devorarme viene las entrañas.

Isa. ¿No conoces qué indica este atavío

Que no puedes mirar sin repugnancia?

Nuestra separacion...

Mar. ¡Poder del cielo!

Sí. ¡Funesta verdad!

Isa. ¡Estoy casada!

Mar. ¿Cómo pudiste enagenar tu mano?

Isa. ¡Don Diego!

Mar. Pero, ¿cómo la negaras?

El temor... la violencia... sin saberlo

Formó el labio la fatal palabra.

¿No es verdad, Isabel?

Isa. El cielo sabe,
Y como él sabes tú, si yo te amaba.

Y con todo, Marsilla... ¿lo creyeras?

Al altar he llegado voluntaria...

Mar. ¿Es Isabel á quien escucho? ¿Sabes

Que te acusas de pérfida, de falsa?

Isa. ¡Yo pérfida! ¡Gran Dios!

Mar. No, no lo creo.

No movió la cruel desconfianza

Mi labio, fué el dolor, es la sorpresa...

Díme... dime tan solo que me amas.

Isa. Mi deber...

Mar. Es amarme.

Isa. Tengo esposo.

Mar. Tus bodas á la ley y á Dios ultrajan.

Mia es tu mano, me la dió el cariño,

Y de un usurpador vengo á cobrarla.

Isa. ¿No miras dónde estás? Estas paredes

Enemigas te son.

Mar. No temas nada

Ni por mí, ni por tí; no estoy yo solo,

Mi valor y mi acero me acompañan.

Isabel, si cediste á la violencia,

Dílo, si con halagos engañada,

Si fuiste por el brillo seducida

De las riquezas, dímelo: sé franca,

Yo indulgente seré. Si ya en tu pecho

La fé que un dia me tuviste falta,

Decláralo tambien; amor ú olvido

De tí reclamo. De mi vida fallas

O de mi muerte: dí, que muerte ó vida,

Como venga de tí, me será grata.

Isa. ¿Qué podré yo decir? Dios lo ha querido.

El término espiró; fuéme anunciada

Tu muerte; yo creida...

Mar. ¿Y tus promesas?

Cuando resuelta la partida aciaga

De tí me despedí, ¿qué me dijiste?

Parte, que tu Isabel fina te aguarda.

O mi mano mis padres te conceden,

O me consagro á Dios.

Isa. Si penetrara

Mi corazon tu vista... si supieras,

No de este enlace la secreta causa,

¡No! lo que me ha costado de suspiros

Rendir el cuello á la coyunda sacra,

Lágrimas de piedad en vez de quejas
Te debiera mi suerte desgraciada.
¡Qué! la Isabel á quien llamaste tuya
No pudo merecerte que pensaras
Que cuando á Azagra abandonó su mano,
Para siempre de tí la separaban
Obstáculos inmensos y terribles
Que superar no pudo fuerza humana?
¡Obstáculos! ¡Secretos! ¡Cuáles? Dilo.

Mar.

Jamás.

Isa.

¿Así te justificas? Habla.

Mar.

Imposible, imposible.

*Isa.**Mar.*

¿Desde cuándo

Tuvo en tu pecho la reserva entrada
Para tu amante?*Isa.**(Aparte.)* ¡O madre!*Mar.*

¿No respondes?

Isa.

Respeto los secretos de una dama...
Suponte de mi muerte persuadido
En un rincón del Africa ó del Asia;
Supon que allí una voz, voz revestida
De la mas fuerte y seductora magia,
Voz cuyo acento penetrante esfuerzan,
En la mas favorable circunstancia,
Naturaleza, gratitud, y todo
Cuanto puede hallar eco en tus entrañas,
A tus oídos suplicante llega,
Y un sacrificio enorme te demanda
De muerte, para tí que la anhelas...
Dí, ¿no te hubieras como yo casado?
Jamás; nada respeta quien bien ama.
Todo el amante fiel lo sacrifica
En el altar del nùmen que idolatra.
¿Piensas que en esta ausencia no ha sufrido
Mi fino corazón recias batallas?
¿No viste á esa muger que de mi muerte
Te dió la nueva, por desdicha, falsa?
Esa muger me amó: yo el sacro nudo
Que la unía al rey árabe ignoraba;
Ella mi ley y la fortuna mia
Se prestaba á seguir; ya desdeñada,
Con hórrido suplicio rencorosa
Me amenazó: ni halago, ni amenazas,
Ni el grito que en mi cuerpo falleciente
Naturaleza con espanto alzaba,
Que vacilase conseguir pudieron
El tesón varonil de mi constancia.

Mar.

Tuyo viviendo, tuyo en el sepulcro
Me quise conservar. En vano tratas
De asejarme á tí: veo con pena,
Pena cruel que me destroza el alma!
Que creyendo tu pecho igual al mio,
Mi cariño leal se equivocaba.

Isa.

Pues bien, Marsilla... ¿para qué negarlo?
Preciso es confesar que soy culpada.
Nada á tus ojos escusarme puede.
Todo me acusa, y en mi daño clama.
Perdon, Marsilla; si capaz he sido
De faltar á la fé que te jurara,
Tú, que nunca cesaste de quererme,
Tú me perdonarás. Arrodiada,
Deshecha en llanto, tu Isabel te pide
Perdon, piedad. Merézcate esta gracia...
Porque la miras por la vez postrera.
Lleve yo á la presencia soberana
Del sumo Juez, que al tribunal eterno
Ya con tremenda voz llegar me manda,
Este favor de tí. Sin perdonarme,
Por Dios, Marsilla, que de aquí no salgas.

Mar.

¿Tú á mis pies! ¿Tú culpable te confiesas,
Isabel! ¿Mas qué importa? Tú me engañas.
Lo que tu acción, lo que tu labio dice
Lo desmiente ese llanto que derramas.
No es ese llanto de arrepentimiento,
No, que es de amor, de amor puro, sin tacha,
Fiel como el mio, sí. Luz de mis ojos,
Cesa ya de llorar, cesa, levanta.
Dame la vida en una voz.

Isa.

¿Prometes

Una orden mia obedecer?

Mar.

¿Ingrata!

¿Cuándo me revelé contra tu gusto?
¿Mi voluntad no es tuya? Dispon, habla.
Júralo.

*Isa.**Mar.*

Sí.

Isa.

Pues bien: yo te amo. Vete.

Mar.

¿Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
Me matase á tus pies, si su dulzura
Con la hiel del dolor no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
De amor y de destierro hiciste hermanas?
Ya lo ves, no soy mia, soy de un hombre
Que me hace de su honor depositaria.
Deslindar sus derechos es en vano:

Isa.

Yo debo serle fiel, Dios me lo manda.
Marsilla, virtuosos hemos sido
Hasta aquí; la pasión que nos inflama
Es una virtud mas: ¿porqué pretendes
En la última prueba profanarla?
Si añadir que te adoro es necesario,
Que en mi pecho tu imagen estampada
Siempre conservaré, yo lo repito,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso,
Libértame de mí.

Mar. No sigas, basta.
¿Tú la ausencia me intimas? Es la muerte.
¿Cómo puedo vivir sin esperanza?
Yo proteger tu vida pretendía,
Pero tus padres suplirán mi falta.
No temas, no, que de mi fin te acuse.
Contento muero porque tú lo mandas.
Permite en recompensa que te estrechen
Mis brazos una vez, y que su estampa
Deje en tu frente cándida mi labio.
Isa. No es posible, Marsilla: soy casada.
Mar. Es mi postrera súplica.

Isa. ¿No tienes
Piedad de una mujer enamorada?
Mar. ¡Oh! tenla tú de mí! Será el abrazo
De un hermano dulcísimo á su hermana,
Cual mi fé tierno, cual tu frente puro.
Isa. No te acerques.

Mar. En vano me rechazas.
Isa. ¡Dios eterno! ¡Salvadme! Deteneos,
Marsilla, ó grito á don Rodrigo...

Mar. Llama,
Llámale, fementida; mas no creas
Que tu voz oiga y á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
Su vanidad en el estrado sacia,
No; lejos de los muros de la villa
Muerde la tierra que su sangre baña.
Isa. ¿Qué horror! ¿Le has muerto?

Mar. ¡Pérfida! ¿te afliges?
¿Si lo sospecho, quién le libra? ¡Oh rabia!
Isa. ¿Vive?

Mar. Merced á mi clemencia loca,
Vive: apenas cruzamos las espadas,
Ya en su costado se clavó la mia:
Un momento despues postrado estaba

Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra
Si ha de coger cosecha de desgracias!
No mas humanidad, crímenes quiero.
A ser crüel tu crüelidad me arrastra,
Y en tí la he de estrenar. Al punto, ahora
Vas á salir conmigo de esta casa.

Isa. No, no... ¡Dios mio! ¡quítame la vida!
Mar. Me seguirás.

Isa. ¡Desventurado...!
Mar. Calla.

Isa. Ya nada escucho.
Mar. ¿Has de atreverte...?

Mar. A todo...

Si es ya preciso. ¿Sabes que se trata
De tu vida, infeliz? ¿Sabes qué dijo
El cobarde que lloras desolada
Al caer en la lid? Tuyo es el triunfo,
Pero medios me quedan de venganza.

Isa. (Aterrada.) ¿Qué dijo? ¿qué?

Mar. Me vengaré en don Pedro,
En Margarita, en Isabel; un arma
A los tres herirá.

Isa. ¡Santos del cielo!
Corramos, estorbemos... — ¿Dónde se halla?
Dílo.

Mar. Esposa leal, deja el cuidado:
Ya á tu padre dispuse que avisaran,
Y á su lado estará.

Isa. (En la mayor desesperacion.) ¡Tú me has perdido!
La desventura siguió tus pisadas.

Mar. Va con tu padre el juez; nada receles.
Isa. ¡Para esto dí mi mano! ¡Desdichada...!
¿Qué es lo que hiciste?

Mar. Tu traición revelas.
¡Impostora! — ¡Y decia que me amaba!
Isa. ¡Hombre de maldición! ¡Ojalá nunca
De Teruel las almenas avistaras!
¡Cruel! amor á reclamar te atreves
De una mujer por tí despedazada?
Ya te aborrezco.

Mar. ¡Oh Dios! ¡ella lo dice!
(Cae en un escaño como herido de un rayo.)
No puedo mas.

Isa. ¿Qué miro! se desmaya.
Perdóname un momento de despecho...

Mar. Isabel me aborrece... ¡ me engañaba !
Aquí siento... qué angustia ! Yo la adoro...
Y ella me aborrecia... ella me mata.

(Muere.)

Isa. ¡ Madre mia ! ¡ Favor ! Marsilla... ¡ Cielos !
Parado el corazon, la frente helada...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, MARGARITA, DESPUES DON PEDRO, SEGUIDO DE ALGUNOS
CABALLEROS, DAMAS Y CRIADOS.

Marg. ¡ Qué es esto ! ¡ porqué gritas, hija mia ?

Isa. Socorredle, salvádmele.

Marg. ¡ Qué veo !

¿ Se halla herido tambien ? Cuando disipa
Por fin Azagra mi inquietud, encuentro...

(Salen don Pedro, damas, caballeros y criados.)

Ped. ¡ Marsilla !

Isa. (*A su padre.*)

Sí, no me culpeis. (*A su madre.*) Su vida...

Marg. (*Despues de haber tentado las manos de Marsilla.*)

¡ Huye de aquí, infeliz !

Isa. ¿ Con que ya es muerto ?

Todos. ¡ Muerto !

Isa. Yo le maté : quise alejarle...

Que le odiaba le dije... El sentimiento,
El espanto... Y mentí !

Ped. Ven, hija mia.

Isa. Pero tambien de mí se apiada el cielo.
Ya de la eternidad me abre la puerta,
Y de mis ojos huye el mundo entero,
Y una tumba diviso solamente
Con un cadáver, y á su lado un hueco.
¡ Marsilla... ! yo te amé, siempre te amaba...
Tú me lloraste agena, tuya muero.

(Arrojáse sobre el cuerpo de don Diego, y espira quedando de rodillas abrazada con él.)

HERMOSILLA

(DON JOSÉ MAMERTO GOMEZ).

Don José Mamerto Gomez Hermosilla, literato y filólogo distinguido, y el helenista mas célebre de nuestra época, fué hijo de don Vicente y doña Josefa de Hermosilla, uno y otro de familia noble. Nació en Madrid á 11 de mayo de 1771. En 1782 concluyó sus estudios de latinidad y retórica en el colegio de escuelas pias de Getafe, donde asistió en clase de seminarista. Inmediatamente despues estudió los tres años del curso de filosofía en el colegio de Santo Tomas de Madrid, logrando en todos ellos la nota de sobresaliente.

En 1786 y los cuatro años siguientes estudió teología en el mismo colegio, distinguiéndose en todos los actos literarios que sustentó, y mereciendo en ellos la nota superior : y en los estudios reales de San Isidro, disciplina eclesiástica y liturgia en 1791 y 92, desempeñando con igual felicidad los ejercicios literarios pertenecientes á estas dos facultades.

La real Academia de teología de Santo Tomas, viendo las felices disposiciones de su alumno, le habia ya recibido desde 1785 por individuo de número. En dicha academia estuvo cuatro años en calidad de actuante y otros cuatro en la de profesor, cuyo título ganó por oposicion rigorosa y con aprobacion unánime.

Su laboriosidad era admirable : porque no solo desempeñó los numerosos ejercicios de lecciones, argumentos, exámenes, defensa y presidencia de actos y conclusiones, que se le impusieron por reglamento, sino tambien acontecia muchas veces dedicarse voluntariamente á ellos. La academia le honró con los cargos de vice-secretario, moderante, decano y fiscal, que ejerció á satisfaccion del cuerpo : y últimamente fué jubilado con los honores prevenidos en el reglamento.

Fué tambien individuo desde 1786 hasta 1792 de las reales academias de sagrada escritura y de teología moral, establecidas en la casa oratorio de San Felipe Neri, en las cuales leyó disertaciones, arguyó y sostuvo tesis con la misma aplicacion y trabajo asiduo que en la teología. En estas dos academias fué honrado con los cargos de secretario y fiscal, y jubilado con las prerogativas correspondientes.

En los reales estudios de San Isidro ganó en los años de 1795 y 96 dos cursos de matemáticas.

Pero si bien cumplió el señor Gomez Hermosilla con suma exactitud todos los deberes anejos á la calidad de alumno en las ciencias severas que hemos mencionado, su inclinacion le arrastraba